

En defensa del “silencio concienzudo”

León Trotsky

7 de marzo de 1913

(Versión al castellano desde “Pour la défense du “ silence consciencieux ””, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 425-429. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 66, 7 de marzo de 1913.)

Así pues, una vez más, y espero que por última vez, tengo que ocuparme del señor Viktorov, un periodista que considera su deber guardar un “silencio de concienzudo” sobre las atrocidades en los Balcanes, mientras guarda su locuacidad sin escrúpulos para mejores ocasiones.

El *Reč* ha confiado al señor Viktorov un puesto de primer orden en su línea de defensa, y él parece habérselo tomado en serio, también desde el punto de vista personal. Estoy convencido de que la opinión pública rusa arde de impaciencia por saber por qué el señor Viktorov, que goza de tan buena salud, guardó un hermético silencio sobre el destino de otros hombres que fueron ejecutados. Por su parte, los redactores de *Reč* no han considerado oportuno explicar al señor Viktorov que estaba cometiendo un error fatal, por la sencilla razón de que les conviene que otro reciba los golpes por él.

Pero dejemos en paz al señor Viktorov. Nadie quiere oír hablar de las vicisitudes de un hombre que no pudo hacer otra cosa que mantener la boca cerrada. Su silencio puede haber sido “concienzudo”, indignado, prudente o lo que sea, pero en cualquier caso a todos nos es completamente indiferente. El hecho es que el silencio del señor Viktorov coincidió por completo con el del *Reč*. Y el silencio del *Reč* coincidió con el de toda la prensa eslavófila y semieslavófila. *Reč*, *Russkaja Molva*, *Russkoe Slovo*, *Novoe Vremja* y *Rossija* permanecieron mudos. Es este silencio general, absoluto y uniforme el que nos interesa, y no el del señor Viktorov, un personaje que cuenta con la aprobación del estado mayor búlgaro y ejerce la profesión de periodista domesticado e inofensivo. De hecho, el señor Viktorov responde por todos aquellos que callaron, que miraron sin ver, que oyeron sin escuchar. Asegura, y garantiza con su firma, que incluso Pilenko de *Novoe Vremja* fue “concienzudo” en su papel de mudo y que él mismo, Viktorov, no es inferior a Pilenko en cuanto a concienciación. Sin embargo, el *Reč* se lo está estropeando porque en los últimos días ha definido los artículos de Pilenko sobre los Balcanes como un trabajo para lameculos. Me parece que el público lector en general no sabe distinguir muy bien entre el silencio profesional y concienzudo del señor Viktorov y el silencio lameculos del señor Pilenko. El público lector no está interesado, y tiene todo el derecho a estarlo, en los motivos individuales que hay detrás del silencio del señor Viktorov, un silencio que ha llevado involuntariamente a una figura pálida como la suya al centro de una gran cuestión.

El hecho de que *Reč*, *Novoe Vremja* y *Rossija* guardaran silencio sobre las atrocidades cometidas por búlgaros y serbios es políticamente significativo a los ojos de la opinión pública. Si le tomamos la palabra al señor Viktorov y estamos dispuestos a reconocer el valor de su “concienzudo” silencio unilateral, entonces también deberíamos reconocer que *Rossija* ha ganado el premio a la conciencia. Porque, a pesar de alargar las cosas, el *Reč* había admitido finalmente algunos hechos. Y antes, también Pilenko había insinuado la existencia de ciertos hechos. Pero el eslavófilo oficioso, *Gurljand*, no ha dicho hasta ahora ni una sola palabra sobre el tema. Por consiguiente, al ponerse al mismo nivel de conciencia que Pilenko, el señor Viktorov no ha alcanzado las alturas morales en las que se asienta *Gurljand*. Y la opinión pública, o, mejor dicho, el sector de la opinión

pública que valoramos, tiene sobradas razones para ignorar las motivaciones que pueden haber llevado a Viktorov, Pilenko y los agentes de *Gurljand* a actuar como individuos.

La opinión pública ya ha sacado una conclusión sencilla e indiscutible. *Reč*, por un lado, y *Rossija*, por otro, ofrecían diariamente a sus lectores noticias de atrocidades turcas, muchas de ellas procedentes de fuentes búlgaras y serbias, sin, por supuesto, comprobarlas; del mismo modo, no publicaban informes de atrocidades búlgaras y serbias, aunque las fuentes no fueran turcas, sino rusas, alemanas, francesas y británicas. Este comportamiento no podía ser simplemente el resultado de las cualidades morales de Viktorov XVII, sino que tenía que corresponder a los intereses de una línea política bien conocida. Probablemente el lector habrá llegado a la conclusión de que “esta política necesita eliminar deliberadamente de mis observaciones toda una categoría de hechos y fenómenos. Uno puede aprobar esta política si permanece ignorante de todos los elementos en los que se basa. Pero una política (interior o exterior, da igual) que necesita engañar a la opinión pública es una política negativa a la que no puedo dar crédito. Es más, no me interesa la castidad literaria de Viktorov XVII”.

Pero el señor Viktorov no quiere tratar esta cuestión en el plano de los principios. Insiste en que no debemos olvidar sus cinco años en Bulgaria, su conocimiento de los asuntos búlgaros, su conciencia y su rectitud. En la mutualidad del silencio organizada por los eslavófilos, no estaba dispuesto a ser simplemente Viktorov XVII: quería ser el único de su especie.

Recuerda constantemente al lector los cinco años que pasó en Bulgaria, como si ello fuera una prueba de conciencia o... ¡de perspicacia! Pero no da una respuesta simple y directa a la pregunta: ¿masacraron las tropas búlgaras a los pomacos capturados y a los turcos heridos? ¿Colgaron a habitantes pacíficos con el pretexto de que eran espías? No, no responde. Por otro lado, posa como un dechado de virtudes, diciendo que la prensa progresista debe “buscar primero la verdad sin mirar a nadie cara a cara (!) y así...” ¿Y qué? Así que Viktorov se mantuvo, y sigue manteniéndose, hermético. Y aunque no podía confirmar definitivamente ciertos detalles, no tenía ninguna duda sobre lo esencial. Es el lado no tan limpio de toda esta indignación fingida, esta autocensura, esta aflicción que aflora. Todo es una *farsa*, y no hay más que hablar. El señor Viktorov sabe, no cabe duda, que el tristemente célebre Radko Dimitriev ha ordenado que se tomen las medidas necesarias, incluso drásticas, para acelerar los movimientos, llegando incluso a exterminar a los prisioneros y heridos turcos. No puede ignorar que esta orden se cumplió a gran escala. El señor Viktorov sabe que turcos pacíficos fueron exterminados con el pretexto de que eran espías o colaboradores. Sabe que un pueblo de pomacos (¿sólo uno?), con todos sus habitantes, fue borrado de la faz de la tierra. Lo sabe.

También sabe que un corresponsal no está obligado a proporcionar un recuento exacto o una lista completa de los nombres de todas las víctimas de los asesinatos y violaciones, sino que está obligado a no ocultar los hechos en sí, es decir, una masacre masiva sobre la que ni siquiera él puede tener dudas. Ni siquiera los corresponsales rusos que conocí, la mayoría de los cuales escribían para periódicos eslavófilos, albergaban dudas. Sé que uno de estos periódicos, en particular, eliminó todas las referencias a las atrocidades búlgaras de los artículos de su corresponsal en Sofía, incluso las pocas que consiguieron escapar a la censura. Es posible que los demás directores de periódicos eslavófilos se comportaran del mismo modo, o que los corresponsales más sagaces, con el pretexto de buscar los pajaritos azules de la verdad absoluta, prefirieran no ver la horrible verdad ante sus ojos; nada de esto cambia mucho las cosas. El hecho político es el pacto de silencio. Los lectores rusos no olvidarán que fueron engañados por los periódicos durante uno de los períodos más críticos de la vida política europea. En consecuencia, habría sido cien veces mejor para el señor Viktorov del *Reč* camuflarse

entre los otros dieciséis Viktorov en lugar de preocuparse por dejar una impresión duradera en la memoria del lector.

El perfil político del señor Viktorov me quedó muy claro desde el principio de esta polémica, gracias al artículo en el que se había tomado la molestia de defender la censura militar búlgara no sólo contra mis acusaciones, sino también contra las de toda la prensa independiente. Al haber puesto *Le Reč* sus columnas a su disposición, había podido expresar sus ideas medievales y represivas sobre la censura militar, entendida como una madre autoritaria que no sólo vela por los secretos de las operaciones militares, sino también por la buena conducta de los periodistas, verifica que sus informaciones son fidedignas y les pone en el buen camino. Ha reclutado a estos *radicales* búlgaros para que actúen como censores en nombre del personal de Stambulov, con el objetivo de impedir que los periodistas revelen la violencia y frenar así a los agresores. El inflexible representante legitimista del *Reč* en Sofía invoca la aceptación silenciosa de la censura como una *dura lex*.

Fui lo bastante imprudente, lo reconozco, para observar fugazmente que al menos la segunda palabra debería eliminarse de esta definición, dado que la censura militar búlgara no es una *lex*, una ley, sino una creación libre e ilícita de la comandancia general estambulovista. Viktorov no pudo contenerse y se apresuró, incluso en esta cuestión secundaria, a mostrarse como un seguidor de la verdad, es decir, una persona agradecida al estado mayor. “Su alusión a un golpe de estado”, escribió este adorador de la verdad, “gracias al cual, según usted, se introdujo la censura militar en Bulgaria, es una pura y simple invención, señor Antid Oto, debida a su ignorancia de la constitución búlgara”. Los lectores son tímidos por naturaleza, así que el tono agresivo está pensado para ponerlos en una posición de debilidad. Sin embargo, el señor Viktorov habría sido menos impulsivo si, en lugar de hacer esta afirmación, se hubiera limitado a citar el artículo de la constitución búlgara en el que se basaría el fundamento jurídico de la censura. Pero no lo hizo. ¿Por qué no lo hizo? Porque ese artículo no existe. La censura militar búlgara es totalmente inconstitucional. No sólo expreso mi opinión, sino también la de todos los demócratas búlgaros sinceros. Y lo mismo piensan los virtuosos “octubristas” búlgaros que ven en la censura una “deplorable necesidad”. Pero las violaciones reaccionarias de la constitución, ¿no están siempre justificadas por la razón de estado?

No sé qué piensa el estado mayor de su vástago ilegítimo. En cambio, no me cabe duda de que tiene un gran interés en que este golpe de estado parcial se interprete, a pesar de la oposición de los demócratas, como un acto plenamente conforme con la constitución. El señor Viktorov no tiene capacidad para ofrecer esta interpretación. Se limita a hacer una afirmación que demuestra lo contento que está de defender la reacción militar búlgara contra las acusaciones de los demócratas búlgaros y rusos. He ahí la pasta de la que está hecho este campeón de la “verdad”.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es